

Manuel de Tuya

Segundo testimonio oficial mesiánico del Bautista ante un grupo de sus discípulos. 1,29-34

Cristo por estos días vivía en las proximidades del Jordán (v.39). Acaso en la misma región de Betabara, pues no dice que haya cambiado de lugar. «Al día siguiente», sea por referencia a la escena anterior, sea, como no sería improbable, cifra convencional, sin verdadera relación cronológica con lo anterior, sino en orden a situar las primeras actividades de Cristo en siete días, desde el primer testimonio de Juan (v.19-28) hasta el primer milagro en las bodas de Caná (2,1-11), contraponiendo así el comienzo de esta obra recreadora de Cristo con la obra septenaria del comienzo del Génesis, lo que sería un caso particular del simbolismo del cuarto evangelio. Además, frases al estilo de «yo he visto» y otras semejantes dichas por el Bautista en tiempo pasado, refiriéndose al bautismo de Cristo, pueden ser equivalentes a un tiempo presente (Jn 9,37; 1,15; 1,34), en cuyo caso se prestaría, como se verá luego, a una sugerencia interesante.

¿A qué auditorio se va a dirigir? No se precisa. No es la delegación venida de Jerusalén, los que desaparecieron de escena (v.27). Los discípulos del Bautista, ante los que también va a dar testimonio, entran explícitamente en escena más tarde (v.35). Acaso sean parte de las turbas que venían a él para ser bautizadas (Mt 3,5.6; Lc 3,7. 21). En todo caso, el tono íntimo, expansivo, gozoso que usa, en fuerte contraste con las secas respuestas a los representantes del sanedrín (V.20.21), hace pensar en un auditorio simpaticante, y probablemente reducido.

Viendo el Bautista que Cristo se acerca en dirección a él, aunque podría referirse al momento en que Cristo se acerca para recibir el bautismo, y acaso después del mismo bautismo, hace ante este auditorio otro anuncio oficial de quién es Cristo, diciendo: (He aquí el Cordero de Dios, el que quita (ho airon) el pecado del mundo».

Esta frase, de gran importancia mesiánica, es uno de los temas discutidos por los autores. Dos son las preguntas que se hacen a este propósito: 1) ¿Qué significa aquí, o por qué se llama aquí a Cristo (el Cordero de Dios)? 2) ¿Y en qué sentido quita «el pecado del mundo»? ¿Por su inocencia, por su sacrificio, o en qué forma se indica aquí?

En primer lugar conviene precisar que el verbo usado aquí por «quitar» (ho airon) significa estrictamente quitar, hacer desaparecer, y no precisamente «llevar», lo que, en absoluto, también puede significar este verbo 76. Las razones que llevan a esto son las siguientes: El sentido de «quitar» es el sentido ordinario de este verbo (airo) en Jn. Pero la razón más decisiva es su paralelo conceptual con la primera epístola de San Juan. «Sabéis que (Cristo) apareció para quitar (are) los pecados...» (1 Jn 3,5).

Cristo aquí es, pues, presentado como el «Cordero de Dios» que quita el pecado del mundo. En qué sentido lo haga, ha de ser determinado por las concepciones ambientales, a las que seguramente el Bautista responde.

¿Qué quiere significar aquí el Bautista al presentar a Cristo como el (Cordero» de Dios? Son varias las hipótesis que sobre ello se han hecho. Son las siguientes:

1) El Bautista querría referir así a Cristo al Cordero pascual (Ex 12,6...), o al doble sacrificio cotidiano en el templo (Ex 29,38). También llevaría a esto el uso que en el Apocalipsis se hace de Cristo como el Cordero, y «sacrificado» (Apoc 5,6-14; 13,8; 14,1-5; 15,3-4, etc.), pues aunque primitivamente el sacrificio cotidiano del templo sólo tuvo un sentido latréutico, más tarde, y en el uso popular, vino a considerársele con valor expiatorio.

2) Se referiría al «Siervo de Yahvé» de Isaías, que va a la muerte «como cordero llevado al matadero», y que «llevó sobre él» los pecados de los hombres (Is 53,6.7). Aunque la palabra (cordero» es sólo símbolo comparativo.

3) Querría indicarse la inocencia de Cristo. El cordero, como símbolo de inocencia, es usado en este ambiente (1 Pe 1,18.19; Sal. de Salomón VIII 28). Además ponen esto en función con la primera epístola de San Juan, donde se dice: «Sabéis que (Cristo) apareció para quitar los pecados y que en El no hay pecado» (1 Jn 3,5).

Más recientemente se han propuesto otras dos soluciones, que son las siguientes:

1) Varios textos de los apócrifos presentan al Mesías como debiendo ponerse al frente del pueblo santo para llevarlo a la salud. Por otra parte, en el Apocalipsis es este mismo el papel que se atribuye al Cordero (Apoc 7,17; cf. 14,1-5; 17,14-16). Por tanto, la expresión «Cordero de Dios» de Jn 1,29 sería un título mesiánico, semejante a (Rey de Israel» (Jn 1,49). Pero no consta la existencia ambiental de este título.

2) La expresión «Cordero de Dios» provendría de una mala traducción del original aramaico. El Bautista habría designado a Cristo, siguiendo a Isaías, como el «Siervo de Dios». Pero en arameo la palabra usada para expresar «siervo» sería talia, que lo mismo puede significar «siervo» que «cordero». Partiendo de la base, que cada día tiene más partidarios, de que el evangelio de Jn haya sido escrito originalmente en arameo, el traductor griego habría traducido la palabra talia por «cordero», en lugar de «siervo», por influjo de una tradición cristiana muy antigua, que veía efectuada en Cristo la realización del cordero pascual (1 Pe 1,18-19) o el «antitipo» del cordero de Isaías (Is 53,7; cf. Act 8,32).

Ante esta división de opiniones se pueden hacer las reflexiones siguientes: Si con el título de «Cordero de Dios» se está presentando a Cristo como Mesías

a un auditorio que debe de conocer el título, puesto que sólo con él se lo evoca, y este título, por hipótesis, o no existió jamás, o no tuvo la menor divulgación, puesto que históricamente no se lo conoce, ¿cómo puede ser este título mesiánico, como lo exige el contexto? Varios son los elementos que pueden entrar en la solución.

Ya en el A.T. se habla repetidamente de la era mesiánica, caracterizada por la santidad de las personas (Is 60,z i; 32,15-19; 44,3-5; Ez 36,25ss) y cuya santidad será obra del ;Rey Mesías (Is 11,1-9). Los apócrifos judíos cercanos a la era mesiánica acentúan aún más la acción del Mesías en esta obra de purificación del mundo, en términos semejantes a los pasajes proféticos.

En este ambiente de purificación del pecado en Israel y en el mundo por obra del Mesías, ¿en qué sentido dice el evangelista que Cristo, el «Cordero», quitará el pecado del mundo? El sentido de esto ha de ser precisado por el paralelo conceptual de la primera epístola de San Juan. Dice así: «Sabéis que (Cristo) a pareció para quitar el pecado y que en El no hay pecado. Todo el que permanece en El, no peca; y todo el que peca, ni le ha visto ni le ha conocido» (1 Jn 3,5.6). Es un pensamiento que se desarrolla en el mismo evangelio de Jn (Jn 8,31-36;41-44).

Pero la primera epístola hace ver aún más profundamente el modo como ejercerá Cristo, el Mesías, esta obra de purificación de pecado y de colación de santidad. (Quien ha nacido de Dios no peca, porque la simiente de Dios está en él» (1 Jn 3,9).

Como se ve por estos pasajes, no se trata directamente de una acción mesiánica que expíe sacrificialmente el pecado del mundo, sino de una acción purificadora de las personas en la edad mesiánica, y debida precisamente al Mesías.

Los libros del A.T. y del judaísmo presentan a este propósito dos aspectos distintos, pero complementarios:

a) El Espíritu de Yahvé (reposará» sobre el Rey mesiánico (Is 11,1-9).

b) Los miembros de este pueblo escatológico-mesiánico recibirán en ellos el Espíritu de Yahvé, lo que les hará tener una vida moral nueva y santa (cf. Is 32,15-19;44,3-5; Ez 36,26-:t7) .

Es verdad que en los más antiguos textos del A.T. o del judaísmo no se dice explícitamente que esta acción purificadora en los miembros de esta comunidad mesiánica va a ser hecha por una acción dispensadora del Mesías, es decir, que El mismo comunique a los sujetos el Espíritu Santo, que El posee; pero era algo que lógicamente fluía de estas concepciones, y esto es lo que se lee en el libro apócrifo del Testamento de los doce patriarcas. En uno de los pasajes se lee: «Después de estas cosas..., un hombre será suscitado de su raza, como el sol de justicia, y no habrá en él pecado alguno. Y los cielos se abrirán sobre él, derramando el Espíritu, la bendición del Padre

Santo; y él mismo derramará sobre vosotros el Espíritu de gracia, y vosotros seréis por él hijos en verdad, y caminaréis en sus mandamientos, desde el primero al último».

Tanto interpretando esta frase a la luz del mismo San Juan —evangelio y primera epístola— como en función del A.T. y ambiente precristiano del judaísmo, se ve que esta obra de Cristo es obra, al menos en un sentido directo, no de expiación, sino de purificación y santificación de los hombres, por obra del Mesías, al comunicarles el Espíritu, del que El está lleno y sobre el que reposa.

Por otra parte, todo esto lleva a ver una alusión al pasaje de Isaías sobre el «Siervo de Yahvé. Son, de hecho, varias las coincidencias que aquí se notan para pensar en que sean fortuitas. Dice así el texto de Isaías:

(He aquí mi siervo, a quien sostengo yo, mi elegido, en quien se complace mi alma. He puesto sobre él mi Espíritu, y él dará la Ley a las naciones» (Is 42,1).

Pero estos elementos se encuentran en el pasaje del Bautista.

1) En el v.33 se le da al Bautista por señal de que Cristo es el Mesías el que (desciende el Espíritu» y el «posarse sobre él».

2) En el v.34 da «testimonio de que éste es el Hijo de Dios». Pero esta lección no es segura. Son muy buenos los testimonios críticos que hacen leer ésta así: (Este es el Elegido de Dios». Así interpretado, son dos los elementos de este pasaje de Isaías, que tiene demasiadas coincidencias para ser fortuito en el Bautista y evangelista, máxime después del ambiente al que aluden los sinópticos.

3) Estos elementos, más que con todo lo anteriormente ex-puesto sobre el sentido directamente, no expiatorio, sino santificador, de cómo el Mesías ha de «quitar» el pecado del mundo, llevan a valorar la palabra «Cordero de Dios» en otro sentido más matizado. La frase usada, «el Cordero de Dios», es una denominación de algo que supone ser muy conocido, pues lo determina perfectamente el artículo; no es «un Cordero de Dios», sino el conocido: «el Cordero de Dios». Supuesto un original aramaico del evangelio de San Juan, si tenía por substractum la palabra talia, que lo mismo significa «cordero» que «siervo», sería ello el tercer elemento que aquí hacía referencia al pasaje del «Siervo de Yahvé» de Isaías.

Y, esto supuesto, se encontraría la más armónica interpretación de este pasaje, tanto en función de la profecía de Isaías como de los elementos bíblico-judíos sobre esta obra santificadora del Mesías.

Cristo recibe el bautismo.

Al recibir éste, «se posa sobre El» el Espíritu Santo.

Al ver esta señal isayana, el Bautista comprende que Cristo es el que «bautizará en el Espíritu Santo».

Por lo cual proclama que es «el Elegido de Dios».

Y «el Siervo de Dios» (Yahvé) «que quita el pecado del mundo», al santificar a los hombres con su bautismo en el Espíritu Santo.

Precisamente el Testamento de los doce patriarcas desarrolla la idea de la purificación del mundo por el bautismo que dispensará Cristo, como antes se ha escrito, porque sobre El, en su bautismo, «se abrieron los cielos, descendiendo el Espíritu»; lo mismo que la universalidad de la salud, lo cual Jr) destaca aquí con el quitar «el pecado del mundo».

No obstante ser ésta la interpretación primaria del texto de Jn, acaso pudiera también, en un sentido secundario y complementario, estar incluido aquí el concepto expiatorio-sacrificial. El argumento pudiera ser el siguiente:

Si en arameo la palabra talio significa «cordero» y «siervo», para expresar sólo «siervo» debería mejor haber empleado la palabra aramaica *aveda* (hebreo = 'ebed), que es la que responde directamente a la de Isaías. Si, en lugar de esta palabra, utiliza como «substratum» talia, con su doble sentido, modo tan frecuente en el cuarto evangelio, podría ser ello debido a que el traductor griego quería orientar el pensamiento de los lectores al doble concepto del Servidor-Cordero de Isaías (Is 53,7). A esto mismo llevaría la construcción que el evangelista hace de la fórmula de Isaías: que el Mesías «establecerá la Ley sobre la tierra» (Is 42,1), lo que era quitar el pecado, y que el evangelista lo transmite en su aspecto negativo: el Siervo-Cordero que «quita el pecado del mundo», evocando así no sólo el tema positivo del «Siervo» por la Ley, sino también el aspecto del «Cordero» por la expiación (Is 42,2; 53,7).

El resto del pasaje está redactado por el evangelista con una doble perspectiva o temática. Una es, probablemente, polémica. Con ella tiende, como en el primer testimonio oficial ante el sanedrín, 1 combatir las sectas «bautistas», que llegaron a tener al Bautista por el Mesías. Para ello omite todo lo que es personal del Bautista: u figura, vestido, alimento, predicación, concursos que van a él; todo lo cual es ampliamente tratado por los sinópticos. Aquí, en cambio, se esquematiza, y sólo se presenta al Bautista en su función de simple ministro y «precursor», en forma aún más acentuada que en la perícopa anterior.

De aquí el destacarse que Cristo es de quien dijo el Bautista: «Detrás de mí viene un hombre, que pasó delante de mí, porque era antes que yo» (v.30).

Es la enseñanza mucho más explícita que hizo en el pasaje anterior (v.27), y cuya enseñanza ya la insertó el evangelista en el prólogo de su evangelio

(v.15). Aunque el seguir a otro es condición de inferioridad, aquí sucede al revés; pues si Cristo vino temporalmente, en su ministerio público, después del Bautista, sin embargo, lía «sobrepasó», no sólo por su ministerio, sino también porque era «primero» que él por su preexistencia, por su dignidad, pues el Bautista se confesó indigno de prestarle servicios de esclavo (v.27). También se ha querido ver en esto un eco de la polémica de los discípulos del Bautista (Jn 3,22SS), queriendo exaltar al Bautista sobre Cristo. Cristo es presentado como el Mesías espiritual de los profetas.

El evangelista destaca aquí que Cristo Mesías reunía y cumplía de hecho las mismas condiciones ambientales en que estaban imbuidos los contemporáneos sobre el Mesías. Pues:

1) El Bautista, dotado de un prestigio excepcional, dio testimonio de Cristo, diciendo que él era su «precursor». Y él, al ver cumplirse la señal del cielo, lo proclamó «el Elegido de Dios», que es el Mesías, con la evocación isayana del «Siervo de Yahvé»; sobre el que estaba el Espíritu, «posando» sobre él, y acusando así la plenitud de sus dones en el Mesías. Y el Bautista, con su bautismo, vino a «ungir» mesiánicamente a Cristo, al tiempo que lo presentó oficialmente a Israel. Y a este fin redacta así esta sección el evangelista. «Yo no le conocía; mas para que-El fuese manifestado a Israel he venido yo, y bautizo en agua» (v.31). Y que Juan era el Elías ambientalmente esperado, tenía a su favor en la catequesis primitiva las mismas palabras de Cristo, quien, hablando del Bautista, dijo: «Y si queréis oírlo, El es Elías, que ha de venir» (Mt 11,14; Mc 12,13; Lc 7,27),

2) Y en Cristo Mesías también se cumplían las concepciones ambientales de la época. Hasta su vida de ministerio público, Cristo había vivido en Nazaret y Cafarnaúm, en una vida social-mente oscura y desconocida para todos. Tanto, que el evangelista recoge las palabras del Bautista, que dice aquí: «Yo no le conocía» (v.31a). Y en el pasaje anterior dice: «En medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis» (v.26). Ya vivía entre ellos, pero aún les era desconocido como Mesías.

Es así como, conforme a estos dos temas, estructura el evangelista esta segunda sección del testimonio oficial del Bautista.

(Profesores de Salamanca, Manuel de Tuya, *Biblia Comentada*, B.A.C., Madrid, 1964)